La insoportable levedad de la industrialización

3

>> Juan Grigera
Doctor por la Universidad de Buenos Aires · Docente e investigador de la UNQuilmes · Docente de la Universidad Nacional de La Plata

Resulta indudable que la economía argentina desde la crisis de 2001 a esta parte ha registrado una expansión importante, más allá de cierta desaceleración en el período posterior a la crisis mundial de 2008. Este escenario de crecimiento económico sostenido nos ha planteado a las izquierdas un problema político diferente al que enfrentáramos en los años '90. En este artículo voy a revisar brevemente algunas de las caracterizaciones sobre la acumulación en la posconvertibilidad para presentar una interpretación alternativa.

En primer lugar revisaremos tanto el discurso oficialista que sostiene que a partir de 2003 el fin de las políticas del Consenso de Washington dieron lugar a otro "modelo de desarrollo" al que identifican como un régimen de acumulación productiva con inclusión social, haciendo frecuentemente eje en la "reindustrialización" como un objetivo prioritario de las nuevas políticas estatales y un éxito por el que se explica tanto la recuperación económica como la creación de empleo.

Luego presentaremos dos visiones críticas a ese relato kirchnerista de la posconvertibilidad. Por un lado, una perspectiva que enfoca su crítica al modelo actual señalando los límites del tipo de crecimiento del período, reconociendo que hubo crecimiento industrial pero destacando que no existió un cambio estructural respecto de los '90, es decir que "no hubo *desarrollo*". Por otro, identificamos otra critica, que se extiende a todos los gobiernos "progresistas" de la región, según la cual la acumulación en Argentina se ha estructurado crecientemente alrededor de actividades extractivas en un proceso de reprimarización que algunos han llegado a llamar "Consenso de los Commodities".

Concluiremos señalando que estas tres visiones de la posconvertibilidad descansan todas sobre un mito fundante que les es común, un

conjunto de supuestos ideológicos y teóricos sobre el rol de la industria en el capitalismo contemporáneo que resulta en todos los casos anacrónico y falaz. Este artículo entonces desenmascará la gramática industrialista que agita la sintaxis del kirchnerismo y también de sus críticas populistas para plantear la necesidad de una construcción teórica y política alternativa e independiente.

El régimen de "acumulación productiva con inclusión social"

Un eje central del relato de la gestión kirchnerista es que ésta está realizando desde 2003 "un proceso de desarrollo económico con inclusión social" y "haciendo un enorme esfuerzo en la reindustrialización del país, para revertir la desindustrialización de la dictadura".[1] El viceministro de Economía Axel Kicillof sostuvo por ejemplo que "estamos industrializando a tasas inéditas en la historia la economía nacional [...] El PBI industrial *per cápita* se ubicó un 92,5 por ciento por encima del alcanzado en 2002 y en un 35,9 por ciento por encima del máximo alcanzado durante la convertibilidad en 2007. Quiere decir que hemos dado vuelta la estructura productiva argentina".[2] Esta supuesta reconfiguración del tejido productivo habría "posicionando a la industria como dinamizadora de la producción y el empleo" (Colombo, 2013) fundamentalmente a partir de la política activa de tener un "dólar caro", es decir un tipo de cambio "competitivo" que recompuso la capacidad de sustituir importaciones en sectores intensivos en mano de obra y de algunas exportaciones (Narodowski y Panigo, 2010: 16).

Así, estos dos elementos compondrían condiciones para un superávit comercial que acompañado de una reestructuración de la deuda externa redundaría en superávit de cuenta corriente, superando (así de sencillamente) las históricas crisis de balance de pagos de los ciclos de *stop & go* durante la ISI. Otros aciertos de este modelo que sus

1 *La Nación*, 14 de noviembre de 2012.

2 Versión taquigráfica de la reunión plenaria de tres comisiones del Senado de la Nación, 17 de abril de 2012

defensores suelen citar incluyen aumentos en la productividad industrial, en la participación de las MOI (Manufacturas de Origen Industrial) en las exportaciones y recomposición salarial desde el 2002.

La mayor parte de estos argumentos son de una debilidad considerable. Las exageraciones en que algunas afirmaciones caen al comparar con los años de crisis y no con la década del '90 así lo muestran y conforman un aspecto más de los problemas derivados de una falta de historización de la posconvertibilidad, esto es, de evitar identificar períodos y ciclos de recuperación, crecimiento y crisis, excluir arbitrariamente al año 2002 del período del modelo (Grigera y Eskenazi, 2013), entre otros elementos tales como el debate cualitativo sobre ese empleo creado (Marticorena, 2013). Lo cierto es que las rupturas en las características del sector industrial con la década anterior son notablemente menos agudas de lo que este diagnóstico sostiene. Por ejemplo, la participación de la industria en el PBI creció un modesto punto porcentual entre 2002 y 2004 (paso de 15,4% a 16,8% en valores constantes) pero además para 2008 se ubicaba nuevamente por debajo de los guarismos de 1997 (en valores corrientes estos se asemejan antes y después de la convertibilidad con excepción del período de crisis y recuperación, 1998-2005, probablemente debido a cambios en los precios relativos durante la devaluación).[3] Los niveles de inversión, la elasticidad empleo-producto y el peso relativo de las distintas ramas tampoco presentan cambios significativos, en una estructura productiva nacional indudablemente dominada (como toda economía contemporánea) por el sector servicios. En la creación de empleo (una característica fundamental y políticamente sensible distintiva respecto de los '90) el aporte de la industria manufacturera es notoriamente menor que en el sector servicios y en la construcción y prácticamente insignificante después del año 2007.

Reconociendo estos elementos, el colectivo CENDA intentó en 2008 una versión algo más elaborada del argumento según el cual la posconvertibilidad tenía un crecimiento industrial novedoso. Allí intentaron identificar un conjunto de ramas industriales "dinámicas", esto es que habían mostrado un crecimiento por encima del creci-

3 Datos de INDEC.

miento promedio del sector. De este modo encontraron un carácter distintivo para la posconvertibilidad en el patrón de ramas dinámicas, en tanto difería de aquel de la convertibilidad: distintas ramas textiles, vidrio, calzado y electrodomésticos, entre otras de aún menos impacto (Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino, 2010). El resultado tampoco resultó ser estable, en tanto esas poco promisorias ramas tampoco continuaron creciendo "dinámicamente" después de 2007.

Reindustrialización, pero sin "desarrollo"

Si en esa apretada síntesis de quienes sostienen la existencia de un proceso de reindustrialización pueden verse algunas fisuras, también es cierto que otro conjunto de autores han coincidido en encontrar auspicioso el crecimiento del sector manufacturero (durante algunos años por encima del promedio anual del PBI) pero destacando los límites del mismo antes que sus bondades.

Así, por ejemplo, estos encuentran que la reindustrialización es "acotada cuantitativa y cualitativamente", en tanto no se ha convertido en vertebradora del crecimiento, carece de amplitud en la distribución por ramas y encadenamientos "hacia adelante" o "hacia atrás", por tanto tecnológicamente dependiente, y no constituye sustantivos aportes al crecimiento del empleo (Azpiazu y Schorr, 2010). Estas críticas al modelo sostienen que la política arancelaria tiene objetivos cortoplacistas (de reaccionar ante las tensiones en la balanza comercial) antes que un necesario diagnóstico estratégico que combine la protección con el subsidio y el control de un plan de inversión a largo o mediano plazo. Los problemas no resueltos en la estructura productiva del país y la superficialidad en el grado de sustitución de importaciones junto con las presiones inflacionarias apuntan, en esta crítica, a la insuficiencia del tipo de cambio competitivo como medida de política económica y a la demanda urgente de un "plan industrial" que contemple y subsane estas deficiencias.

Esta crítica puede incluir otros elementos, tales como los efectos limitados de la distribución del ingreso, las presiones clásicas sobre la balanza de pagos, los niveles altos de extranjerización y la ausencia de una burguesía nacional "virtuosa" que lidere el proceso. En suma, a pesar de reconocer cierto grado de "reindustrialización", este crecimiento no se conforma en un modelo de desarrollo tal como sería esperado.

Estas tribulaciones, cabe decirlo abiertamente, provienen de una tensión puramente teórica. La industrialización es para estos autores un "tipo-ideal" que ***debiera ser*** la "locomotora del crecimiento y el núcleo ordenador de las relaciones socioeconómicas" (Schorr, 2011) y sin embargo comprueban (una y otra vez) que no lo es. Adelantemos que las paradojas de la "reindustrialización no integrada" (tales como la falta de integración vertical o creación de empleo) no son más que las características estructurales de la industria en el capitalismo mundial contemporáneo y la utopía de una política que pueda transformar el desarrollo efectivo del sector con el tipo ideal propuesto (con o sin "plan industrial") no es más que un ejercicio anacrónico y voluntarista destinado al error.

Reprimarización y extractivismo

A su vez, otra fuente importante de críticas a los patrones de acumulación durante la posconvertibilidad proviene de aquellos que identifican una tendencia en los gobiernos progresistas latinoamericanos inclinada a favorecer distintos tipos de actividades extractivas (tales como la minería y el petróleo, pero también la explotación sojera o el uso intensivo de recursos naturales).

Este "modo de acumulación extractivo", extractivismo o neoextractivismo consistiría en un retorno a la práctica colonial de extracción de recursos naturales pero ahora signado por una escala mucho mayor, signada por novedades tecnológicas (como la minería a cielo abierto o los agronegocios) y la redistribución limitada de una porción de la renta para ganar consenso social (Gudynas, 2009). A pesar de ser en muchos casos el producto de la maduración de inversiones anteriores y de cambios en la legislación introducidas durante las reformas neoliberales, el aumento del precio de los commodities desde 2000 habría intensificado esta tendencia al punto que "en la etapa actual del capitalismo [...] prevalece un proceso de acumulación por desposesión opuesto a lo que tradicionalmente constituía el proceso de acumulación expansiva de capital" (Giarracca, 2012: 202).

Esta tesis, además de denunciar el carácter expropiatorio de esta extracción, se nutre del marco dependentista al afirmar que los países de la periferia se han (re)convertido en dadores predominantes de materias primas y que el tercer mundo una vez más se inserta en el mercado mundial como oferente de espacios y territorios rurales para la extracción de hidrocarburos, minerales, biodiversidad y alimentos bajo la clásica división internacional del trabajo denunciada en los '50 y '60 (Prada Alcoreza, 2012; Svampa, 2012). A su vez, la tesis del extractivismo ha funcionado efectivamente como diagnóstico para un amplio marco de movimientos de protesta y resistencia a la instalación de mineras, explotación petrolera, a la expansión de las fronteras agrarias y otros conflictos en torno a la utilización del territorio y los bienes comunes.

Este tipo de diagnóstico, sin embargo, sobredimensiona la importancia de las exportaciones del sector primario en general y la importancia del mismo en la dinámica de acumulación en particular. A pesar de su innegable valor explicativo para enclaves específicos, como caracterización general del período es insuficiente. El peso relativo del sector minero e hidrocarburífero es aún menor que el del sector manufacturero en el PBI y en el caso de las exportaciones guarda una estructura casi idéntica a la de los '90 si tomamos en cuenta los cambios en los precios relativos. Por un lado, es desmesurado hasta el absurdo generalizar la acumulación por desposesión considerándola dominante respecto de otros mecanismos de acumulación. A su vez, la reiteración exclusiva en denunciar la violencia explícita en algunos casos de expropiación no hace sino naturalizar los derechos de propiedad sobre los que se funda la explotación. Más aún, por momentos el extractivismo combina las conclusiones del dependentismo (y su estrecha concepción de desarrollo y modernización como una forma específica de industrialización) con la más reciente ultraconservadora literatura de la "maldición de los recursos" (Sachs, Collier, Acemoglu o Robinson), afirmando por ejemplo que "una economía basada exclusivamente en la explotación de recursos naturales profundiza el subdesarrollo y ***genera democracias de baja calidad***" (Giarracca, 2012: 232).

Las actividades extractivas son criticadas porque el capital extractivo es extranjero, porque no genera vínculos locales (no está integrado), porque genera poco empleo y está orientado a la exportación antes que a la demanda interna. Esta crítica al modelo de la posconvertibilidad basada recapitula la visión romántica de la industria y al carecer de una visión holística del capitalismo no logra conformar una crítica integral del mismo.

La desindustrialización y la utopía industrialista

Este recorrido por los principales posicionamientos en torno a los patrones de acumulación en la Argentina después de la convertibilidad nos muestran un núcleo común que las izquierdas anticapitalistas debemos poner en cuestión. ¿Cuál es ese mito fundante que recorre todos estos diagnósticos? Una ***utopía industrialista***, utopía que ha forjado la agenda política de un sinnúmero de movimientos en el último medio siglo. Si se trató en algún momento de una "utopía posible" el desarrollo del capitalismo la ha convertido en una incómoda anacronía.

Un primer elemento común que subyace tanto a la defensa de la "reindustrialización" como a su crítica es la caracterización según la cual la economía argentina entre 1976 y 2001 estuvo signada por un ***plan*** de desindustrialización. Este plan se conformó como un mito según el cual se planificó la interrupción voluntaria de la ISI y a la consecuente "agresión a la manufactura". El mito que embellecía el paraíso perdido del desarrollo industrial nacional y ocultaba la unidad clasista del programa de reformas victimizando así los victimarios (la burguesía terrorista unificada).

A su vez, esta peculiar versión de la desindustrialización enmascaró como elecciones espontáneas (de alguna oscura fracción de la burguesía contra otra) las enormes transformaciones históricas e irreversibles del sector industrial en todo el mundo y los intentos de respuesta en este país (es decir, de la enorme reestructuración capitalista emprendida en ese ciclo también en Argentina). Este diagnóstico fue prácticamente hegemónico entre los sectores que resistieron al ciclo neoliberal y es de este modo que "reindustrializar" devino en el programa político inmediato de un amplio sector que persigue revertir las consecuencias devastadoras de esa avanzada de clase que fueron la dictadura, el alfonsinismo y el menemismo.

La dupla desindustrialización/reindustrializacion, en suma, con-

funde en primer lugar la naturaleza del proceso de desindustrialización. La mayor parte de los rasgos de la desindustrialización en Argentina son comunes a todas las economías nacionales en el mundo, tales como la sistemática expulsión de trabajadoras y trabajadores como consecuencia de aumentos sostenidos en la productividad y la tercerización de tareas, el abandono de la estrategia de integración vertical en favor de una internacionalización de la producción según lo que se ha dado en llamar "cadenas globales de valor", la relocalización de tareas de baja calificación en procesos de "maquiladoras" y una declinación relativa del producto industrial en el PBI merced a cambios en los precios relativos (Grigera, 2011).

Los críticos de la "reindustrialización" aciertan en señalar que lo sucedido entre 2002 y 2005 no debe confundirse con un proceso de crecimiento del sector manufacturero pues responde a una coyuntura particular de devaluación y alta capacidad ociosa acumulada y destacan con razón que las características estructurales de la industria actual son aquellas forjadas durante los '90. De este modo señalan el nudo de su propio problema interpretativo, enredándose, como en "No se culpe a nadie" en su propio pulóver azul para caer doce pisos: si el actual crecimiento industrial se funda en la reestructuración productiva de la década pasada (por ejemplo inversiones en bienes de capital y cierre de algunas ramas), entonces la "desindustrialización" difícilmente haya sido la destrucción sistemática del sector manufacturero. Por esto también no debe sorprendernos que las "ramas dinámicas" sean las mismas antes y después de 2001 ni que este crecimiento no se traduzca en un crecimiento significativo del empleo. Tampoco es de esperar que de origen a mejoras en la distribución del ingreso o a un desarrollo "integrado". Estos límites no responden a la falta de un "plan industrial", pues difícilmente el estado pueda suplantar las características ***estructurales*** de la manufactura en el capitalismo contemporáneo.

El ideario extractivista también comparte (en muchos casos) esa esperanza en un desarrollo industrial "no devastador" al denunciar la reprimarización o la "maldición de los recursos naturales" como el mayor problema del desarrollo argentino y retomar los argumentos de la dependencia, insistiendo en señalar el lugar que ocupa este país en la división internacional del trabajo. El cambio en la dirección de los términos del intercambio por su lado debilita el viejo argumento

según el cual industrializarse era una necesidad para salir del círculo vicioso del intercambio desigual. Por otro, la crítica a los proceso de acumulación originaria reiterados resulta un tanto paradójica cuando va de la mano de una agenda desarrollista (pues, en cualquier caso, el desarrollo capitalista la presupone). Sobredimensionando el carácter expropiatorio, además, profundiza la escisión de los conflictos en torno a los avances del capital hacia nuevos territorios respecto de los conflictos capital-trabajo "tradicionales".

Conclusiones

En este recorrido por las explicaciones "progresistas" sobre que ha sucedido con la industria y la acumulación de capital hemos identificado un núcleo común en el relato kirchnerista y en sus críticas.

En el fantasma de la industrialización como promesa de un desarrollo inclusivo se identifican los tres relatos presentados en este artículo. Se basan en esa fantasía y en la ausencia de una perspectiva que ponga en el centro el problema de clase y explotación y que reconozca el rol de la industria manufacturera en el crecimiento económico y el lugar de Argentina en el mercado mundial.

En el número anterior de **Batalla de Ideas** Adrián Piva (2012) esbozó los rudimentos de ese camino que resulta notoriamente más frutctífero en términos tanto de explicación de la dinámica del capitalismo local como de las alternativas políticas que se abren para la izquierda anticapitalista y para la clase trabajadora. En otras palabras, tanto el ejercicio de criticar con profundidad los supuestos tras la ***utopía industrialista*** como intentar explicar la deriva de la acumulación en los últimos veinte años no hacen sino renovar la necesidad de luchar por una emancipación de las y los explotados frente a la barbarie de este sistema.

Bibliografía

Azpiazu, Daniel y **Schorr,** Martín (2010), *Hecho en Argentina. Industria y economía*, 1976-2007, Buenos Aires: Siglo XXI - FLACSO.

Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (2010), "El nuevo régimen macroeconómico y el sector industrial (2002-2009): continuidades y rupturas con la convertibilidad". En *La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual : la economía argentina en el período 2002-2010*. Buenos Aires: Atuel / Cara o ceca, pp. 257–288.

Colombo, Emiliano (2013), "La mejora del tejido productivo: los desafíos que vienen". *Pagina/12*, 9/9/2013 http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-228596-2013-09-09.html

Giarracca, Norma (2012), "Tres paradojas para repensar la política." En G. Massuh, ed. *Renunciar al bien común*. Buenos Aires: Mar Dulce, pp. 191–236.

Grigera, Juan (2011), "Desindustrialización, ¿agresión a la manufactura o reestructuración capitalista?" En A. Bonnet, ed. *El país invisible. Debates sobre la Argentina Reciente*. Buenos Aires: Peña Lillo / Ediciones Continente, pp. 81–101.

Grigera, Juan y **Eskenazi,** Matías (2013), "La acumulación de capital durante la posconvertibilidad." En J. Grigera, ed. *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 165–193.

Gudynas, Eduardo (2009), "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual" en AAVV: *Extractivismo, política y sociedad*, CAAP/CLAES, Quito.

Marticorena, Clara (2013), "Relaciones laborales y condiciones de trabajo en la industria manufacturera durante la posconvertibilidad." En J. Grigera, ed. *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Narodowski, P. y **Panigo,** D., 2010. "El nuevo modelo de desarrollo nacional y su impacto en la Provincia de Buenos Aires". *Cuadernos de Economía*, Nro 75.

Piva, Adrián (2012), "Los límites económicos de una lógica política", *Batalla de ideas*, Nro 3, pp. 100-115.

Prada Alcoreza, Raúl (2012), "El círculo vicioso del extractivismo". En G. Massuh, ed. *Renunciar al bien común*. Buenos Aires: Mar Dulce, pp. 157–189.

Svampa, Maristella (2012), "Consenso de los commodities y megaminería." *América Latina en Movimiento*, (473), pp.5–8.